

dia entonces invocar legitimamente la ley? Ninguno. Todos la habian violado. No existia la ley, en aquella usurpacion reciproca y continua, ni en la Montaña ni en la Gironda, ni en la municipalidad, ni en Paris, ni en Burdeos. La ley no existia ya, ó mas bien era el instinto de la conservacion de un gran pueblo. La ley era la misma revolucion. Un pueblo estraviado por su patriotismo creyó promulgarla en medio del tumulto y de la sedicion de aquellos tres dias. Era el desórden, pero ellos lo consideraban como ley; porque esta violencia les parecia la única medida capaz de salvar la patria y la revolucion. El 10 de agosto, decian al pueblo, podia tan solo salvar la libertad, el 31 de mayo podia salvar la nacion.

LIBRO CUARENTA Y TRES.

Marat.—Danton.—La Montaña.—Los girondinos proscriptos.—Escision entre los departamentos y la Convencion.—Los puertos bloqueados.—Los coaligados en las fronteras.—Nueva Constitucion.—Los girondinos en Caen.—El general Wimpfen.—Marat acusador público.

I.

Despues de aquella jornada, en que el pueblo no hizo otro uso de su fuerza que el de ostentarla y ejercer sobre la representacion la presion de Paris, se retiró sin cometer ningun exceso. Pareciale haber satisfecho su conciencia prestando un servicio inmenso á la causa de la libertad. Iluminó espontáneamente las calles, no insultó á nadie y dejó á los girondinos salir libremente de las Tullerías para dirigirse á sus casas. No eran cabezas lo que al parecer queria, sino un gobierno. Creia haber libertado á la Convencion del yugo de algunos ambiciosos y de las tramas de algunos traidores. Esto le bastaba. Estaba dispuesto á obedecer á la Convencion con tal de ser libre. Ninguna tentativa para ir mas adelante pudo inducirlo á establecer una tirania.

Solo un hombre quiso hacer servir el movimiento para satisfacer su ambicion personal: ese hombre fué Marat; pero su plan se frustró y se vió precisado á justificarse en los Jacobinos de la acusacion de aspirar á la dictadura. Los discursos que habia pronunciado en la Convencion, en la municipalidad y al pueblo, durante las oscilaciones de aquellos tres dias, tendian indudablemente á designarse á sí mismo como el gefe indispensable. Billaud-Varennes se lo recriminó con dureza. «Estoy denunciado, respondió Marat, por haber pedido un gefe, un señor, es decir, un tirano. No comparezco aqui para disculparme, porque estoy persuadido que nadie dará fé á esta calumnia. Es desagradable hablar francés delante de ignorantes que no lo entienden, ó de pícaros que no quieren entenderlo. Anoche á las nueve vinieron algunas diputaciones de las secciones á consultarme sobre el partido que debia tomar. ¡Cómo! les dije, ¿Oís el toque á rebato de la libertad y estais pidiendo consejos? Entonces añadí: veo que es imposible que el pueblo se salve sin un gefe que dirija sus movimientos. Los ciudadanos que me rodeaban esclamaron:—¡Cómo! ¿pedís un gefe?—No, respondí; pido un guia y no un señor, lo cual es muy diferente.»

II.

Despues de que Marat fué reprendido por su ambicion, lo fué Danton á su vez por su inaccion y sus contemplaciones con los girondinos. Aquel mismo Varlet que habia propuesto al comité del Arzobispado los planes mas atroces contra los girondinos, tuvo la osadía de atacar á Danton en la tribuna de los Franciscanos, en medio de sus amigos y en el foco mismo de su poder. Creyó Varlet llegado el momento de minar aquella popularidad gigantesca, y fundar la suya sobre los escombros de la del tri-

huno. En efecto, Danton vacilaba ya. Su silencio en el comité de salvacion pública, su inercia en la Convencion, sus medidas durante la crisis, sus reconvencciones al pueblo insurreccionado, eran para los franciscanos muestras de un patriotismo adormecido, ó de una oculta complicidad con los girondinos. Los franciscanos dejando hablar de aquella manera á Varlet contra su idolo, demostraron que no era inviolable para ellos. Danton estaba ausente; pero le defendió Camilo Desmoullins contra las insinuaciones de Varlet, ostentando al pueblo los títulos revolucionarios del hombre del 10 de agosto y del 2 de setiembre.

El crédito de Danton salió intacto todavía de aquella lucha. Camilo Desmoullins fué por la noche á contarle la insolencia de Varlet. «Te doy gracias, le dijo Danton, por haberme vengado de ese reptil. Cuando el pueblo haya encontrado otro Danton, podrá ser impunemente ingrato y sacrificarme á sus caprichos. Pero nada temo, añadió dándose en la frente con la palma de la mano, hay aqui dos cabezas; una para levantar la revolucion, otra para conducirla.» Danton en sus audaces confianzas, iba encubriendo cada dia menos la idea de apoderarse de la república y variar de gobierno. «Hablo poco, decia algunos dias despues á otro sectario suyo. Tengo hasta la idea de eclipsarme por algun tiempo. Es preciso gastar las facciones; las revoluciones tienen tambien su cansancio, y alli es donde os espero.»

III.

La Montaña hizo renovar al dia siguiente los comités, escepto el de salvacion pública, dando cabida en su mayoría á los miembros mas señalados de entre ellos. El impulso de la víspera le daba la fuerza de las masas. Des-

tituyó á los ministros sospechosos de adhesión á los vencidos, envió comisionados á los departamentos dudosos, anuló el proyecto de constitucion presentado por los girondinos, y encargó al comité de salvacion pública que redactase en ocho dias otro completamente democrático. Activó el reemplazo y armamento del ejército revolucionario, verdadero levantamiento en masa del patriotismo. Decretó el empréstito forzado de mil millones sobre los ricos. Envio al tribunal revolucionario acusados sobre acusados. Las sesiones no fueron ya deliberaciones, sino mociones breves, decretadas al momento por aclamacion, y enviadas al punto á los diferentes comités para ejecutarse. Despojó al poder ejecutivo de la escasa independencia y responsabilidad que aun tenia. Llamados sin cesar ante los comités ya no fueron los ministros sino unos ejecutores pasivos de las medidas que decretaba. Sus comisionados enviados á los departamentos fueron investidos de un poder dictatorial que suprimia ante ellos las autoridades intermedias y aun todas las leyes, y parecia comunicar á las estremidades de la república la omnipotencia de la Convencion. Desde aquel dia, dejó la asamblea de ser representacion para constituirse en gobierno. Administró, juzgó, hirió y hasta combatió. Fué la Francia reunida; cabeza y brazo á un tiempo. Aquella dictadura colectiva tenia sobre la individual la ventaja de ser invulnerable, porque una puñalada no la podia interrumpir ni derribar.

Desde aquel dia, igualmente no se discutió ya, sino que se obró. La desaparicion de los girondinos dejó á la revolucion sin voz. Con Vergniod quedó proscrita la elocuencia, á escepcion de algunos dias en que los grandes gefes de partido, como Danton y Robespierre tomaron la palabra, no para refutar opiniones, sino para intimar voluntades y promulgar órdenes. Casi enmudecieron las sesiones, reinando allí en lo sucesivo un gran silencio interrumpido tan solo por el paso redoblado de los batallones que desfilaban por el recinto, por los cañonazos de

alarma y por los golpes del hacha que heria en la plaza de la Revolucion.

IV.

Los veinte y dos girondinos, los miembros de la comision de los Doce y cierto número de amigos suyos, advertidos mientras tanto de su peligro por aquel último golpe de ostracismo; huián á sus departamentos, protestando contra la mutilacion de la patria. Las victimas de 31 de mayo no habian sido encarceladas el primer dia, contentándose la municipalidad con haberlos espulsado de sus bancos de legisladores. La compasion de sus colegas parecia dejar á su arbitrio la facilidad de sustraerse por medio de la fuga á encarcelamientos mas estrechos y á asesinatos casi ciertos. Hallábanse los detenidos vigilados en sus casas por gendarmes acostumbrados al respeto hacia los miembros de la representacion nacional. Mas bien servidores que carceleros, aquellos hombres enternecidos, seducidos con facilidad, dejaban comunicar á los diputados los proscritos con su familia y sus amigos de afuera. Los cautivos recibian visitas y algunos tenian hasta el permiso de salir de noche. Se contentaban con exigirles la palabra de no marcharse de Paris.

La mayor parte de los que habian aguardado el éxito de la insurreccion del 2 de junio en casa de Meilhan, calle de San Honorato, habian apelado ya á la fuga. Los demas se fueron escapando poco á poco. Robespierre, Danton, el comité de salvacion pública, el mismo pueblo, parecian no hacer caso de estas evasiones, como para sustraerse á sí propios unas victimas que les habia de ser doloroso herir.

V.

Buzot, Barbaroux, Guadet, Louvet, Salles, Pétion, Bergeon, Lesage, Cussy, Kervelegan y Lanjuinais se encaminaron á Normandía, y despues de haber recorrido, sublevándolos, los departamentos situados entre el mar y París, establecieron en Caen el foco y centro de la insurreccion contra la tiranía de París. Se dieron el título de Asamblea central de resistencia á la opresion. Biroteau y Chasset llegaron hasta Lyon, en cuya ciudad, las secciones armadas se agitaban en movimientos contrarios y sangrientos ya. Brissot huyó á Moulins, Rabaut-Saint-Etienne á Nimes. Grangeneuve, enviado por Vergniaud, Fontrede y Ducos, á Burdeos, levantó batallones dispuestos á marchar sobre la capital. Tolosa siguió el mismo impulso de resistencia á París.

Los departamentos del Oeste estaban en efervescencia y se regocijaban de ver la república desgarrada en facciones contrarias, ofrecerles la complicidad de uno de los dos partidos para restablecer la monarquía. El centro montañoso de la Francia, en que se soporta menos el yugo de París y donde la distancia de las fronteras hace menos presentes los peligros exteriores, se conmovió. El Tarn, el Lot, el Aveyron, el Cantal, el Puy de Dome, el Hérault, el Ain, el Isera, el Jura, y hasta setenta departamentos se declararon en escision con la Convencion. Estos departamentos encargaron á sus autoridades constituidas que tomasen todas las medidas para vengar la representación nacional. Se enviaron reciprocamente diputaciones para combinar su alzamiento. Marsella organizó diez mil hombres á la voz de Rebecqui y de los jóvenes amigos de Barbaroux, y prendió á los comisarios de la Convencion Roux y Antiboul. El realismo siempre conspirando en el Mediodía, transformó insensiblemente

aquel movimiento del patriotismo en insurreccion monárquica. Rebecqui desesperado por los golpes involuntarios que asestaba á la república y al ver el realismo apoderarse del movimiento del Mediodía, se libró del remordimiento por medio del suicidio arrojándose al mar. Lyon y Burdeos encarcelaron tambien á los enviados de la Convencion como maratistas. Las primeras columnas del ejército combinado de los departamentos empezaron por todas partes á ponerse en movimiento. Seis mil marseleses estaban ya en Aviñon dispuestos á subir por el Ródano para unirse con los insurreccionados de Nimes y Lyon. La Bretaña y la Normandía reunidas concentraban sus primeras fuerzas en Evreux.

VI.

La situacion de la Convencion no era menos apremiante en el exterior. La Inglaterra bloqueaba todos nuestros puertos. Un ejército de cien mil hombres, ingleses, holandeses y austriacos, ostigaba y entraba en los departamentos del Norte. Condé, bloqueada, veia al general Dampierre espirar intentando defenderla. Valenciennes, bombardeada por trescientas bocas de fuego, no era ya sino un monton de cenizas protegido por inconquistables murallas. Los emigrados, los austriacos y prusianos habian pasado el Rhin y amenazaban los departamentos de la Alsacia con una invasion de mas de cien mil combatientes. Apenas bastaban á detenerlos Custine y nuestras guarniciones del Rhin. Este general atrincherado en las líneas de Wissemburgo, pensaba en refugiarse á Strasburgo. Maguncia, abandonada á sí misma con una guarnicion de veinte mil soldados escogidos, inutilizados de este modo, se defendia heroicamente contra los ataques del general Kalkreut á la cabeza de setenta mil hombres,

El rey de Prusia, en medio de otro cuerpo de ejército al frente de Custine, solo aguardaba para dar los últimos golpes la noticia de la rendición de Maguncia. Desde Strasburgo á los Alpes la insurrección de los girondinos sublevaba el Franco Condado, y dificultaba el acceso del alto Jura, practicable por las intrigas y las armas de los emigrados. ¡Tener un enemigo comun es la única alianza entre las facciones!

VII.

Veinte mil jóvenes voluntarios del Franco Condado, impelidos al realismo por su indignación contra los montañeses y contra Marat, estaban prontos á dirigirse á Lyon y Macon para incorporarse al ejército del Mediodía que marchaba contra París. Ochenta mil saboyanos y piomonteses acantonados en las alturas del condado de Niza, en la confluencia de las altas gargantas de los Alpes de la Saboya, amenazaban á Tolon, Grenoble y Lyon. Aquellas tropas extranjeras proponian á los realistas del interior sus auxilios armados contra los tiranos de la república. Biron, que mandaba el ejército de Italia, solo tenia algunos millares de hombres desalentados é indisciplinados para cubrir á la vez la Provenza y la frontera. En los Pirineos, nuestra guerra con España, débil y sin gloria por ambas partes, se estrechaba en las gargantas, dejando nuestras provincias del Rosellon amenazadas de una invasion siempre aplazada, pero siempre inminente. Los desastres del ejército revolucionario de la Vendée, completaban aquel cuadro de las calamidades de la república y de los apuros de la Convención. Solo existia ya la fuerza en el corazon. Para no desesperar de la lucha que la república concentrada en París tenia que sostener, preciso era llevar en el alma toda la fé de la nacion en

la libertad. La Convencion tenia esta fé; se consagró ella misma y se consagró la Francia á la muerte ó á su obra, y esta fué su gloria, su escusa y su salvacion. Danton y Robespierre, la municipalidad de Paris y los jacobinos sostuvieron su energía al nivel de sus peligros, unas veces por medio del entusiasmo, otras por el terror que le imprimian. La pusieron entre la contra-revolucion y el cadalso: solo tuvo la eleccion del género de muerte, habiéndose decidido por el mas glorioso, resolviendo combatir contra toda esperanza.

VIII.

Para demostrar que no desesperaba del porvenir, la Convencion votó en algunos dias de discusion la nueva Constitucion, cuyo plan estaba encargado de presentarle el comité de salvacion pública. Herault de Sechelles leyó el dictamen.

Esta Constitucion dejaba de ser representativa para convertirse en democrática; es decir, que la representacion general, universal, directa, llamaba en todo y para siempre al mismo pueblo bajo todas las formas, para que ejerciese inmediatamente la soberanía. Se consultaba á la nacion sobre todas las leyes; la eleccion nombraba todos los poderes ejecutivos, los intervenia y destituia á su voluntad. Robespierre, cuyos principios habian prevalecido en aquel pensamiento, lo defendió en los Jacobinos contra los ataques de los demagogos exagerados, como Roux y Chabot. «Desconfiad, decia, de esos llamados desde hoy sacerdotes coaligados con los austriacos. Guardaos de la nueva máscara con que van á cubrirse los aristócratas. Entreveo en el porvenir un nuevo crimen, que quizá no esté lejos de estallar; pero le descubriremos, y aniquilaremos á los enemigos del pueblo, bajo cualquier forma que se atrevan á presentar.

Los jacobinos que afectaban conservar siempre la ventaja de la moderacion sobre los franciscanos, y que á ese carácter reflexivo y político de sus actos debian una parte de su poder, aplaudieron las palabras de Robespierre. Enviaron una diputacion, cuyo orador fué Collot de Herbois, á suplicar á los franciscanos que hiciesen callar á los detractores de la Constitucion, haciendo concurrir todos los corazones á una obra que el tiempo haria aun mas popular. Los franciscanos cedieron á la invitacion de los jacobinos y arrojaron de su sociedad como perturbadores y anarquistas á Roux y á Leclerc des Vosges, perdonando á Varlet en consideracion al ardor de su juventud. La Constitucion, sancionada de esta suerte por las dos sociedades soberanas de la opinion en Paris y amparada con la égida de Robespierre, fué enviada á todas las municipalidades de la república para que se presentase á la aceptacion del pueblo francés convocado en asambleas primarias.

Por lo que hace á Danton, lanzó esta Constitucion al pueblo, como un juguete hecho pedazos ya en su mente. Del pueblo no apreciaba otra cosa que la fuerza: creia poco en la libertad; se cuidaba muy poco del porvenir; era de esa raza de hombres que no se sublevan contra las tiranías, sino por otra tiranía mayor. Cuando no son esclavos rebelados, llegan á ser los mas insolentes dominadores. Todas estas teorías constituyentes no eran para Danton otra cosa que puerilidades mas ó menos hábiles: poco le costaba escribirlas, porque nada le costaba borrarlas. En revolucion no reconocia mas gobierno legítimo que las circunstancias y la ley de la necesidad.

IX.

Circulaba entonces el rumor de que la Convencion, sin saber el partido que habia de tomar con los girondí-

nos que tenia cautivos en Paris, no atreviéndose á juzgarlos ó absolverlos, se proponia hacer un sacrificio á la paz y á la reconciliacion con los departamentos, amnistiendo á los veinte y dos. Era este en efecto el parecer de Danton: el rigor inútil le apesadumbraba y el recuerdo de setiembre le apartaba del asesinato.

Valazé, indignado por el ultraje que semejante perdon encubria, escribió á la Convencion que no podia creer en este proyecto del comité de salvacion pública; que la libertad era para él menos cara que el honor, y que rechazaria con horror el perdon. Vergniaud, igualmente intrépido, y que provocaba á sus vencedores desde el fondo de su calabozo, escribió una carta en el mismo sentido. «Pido que me juzguen, decia: si soy culpable, yo mismo me he constituido voluntariamente en estado de arresto para ofrecer mi cabeza en espiacion de las traiciones de que fuere convencido; pero si mis calumniadores no presentan pruebas contra mí, pido á mi vez que vayan al cadalso. Ciudadanos colegas, apelo á vuestra conciencia; á su vez será juzgada vuestra justicia por la posteridad.»

Los restos del partido de la Gironda, animados por el levantamiento de los departamentos, se presentaron en masa en la sesion de la Convencion para apoyar la lectura de dichas cartas y las peticiones en favor de los proscriptos. «Os están arrojando las teas de la guerra civil, esclama Legendre; apresuraos á apagarlas, pasando desdenosamente á vuestras deliberaciones.»

La Convencion dejó á un lado las peticiones, y Barrere leyó un informe del comité de salvacion pública, en el cual ensalzaba el 31 de mayo, al propio tiempo que pedia medidas severas para hacer entrar á los jacobinos y á la municipalidad en el respeto del poder supremo concentrado en la Convencion. «Hombres de la Montaña, decia Barrere terminando: no os habréis sentado por cierto en ese puesto elevado para sobreponeros á la verdad;

sabed, pues, darla oídos. No pronuncieis antes la opinión sobre la culpabilidad de los colegas que habeis rechazado de vuestro seno; y mientras son juzgados enviad rehenes á los departamentos alarmados.» Robespierre, Lacroix, Thuriot y Legendre se indignaron de esta debilidad. Robespierre se admiró de que volviera á ponerse en cuestión lo que ya el pueblo había juzgado.

En aquel propio instante se anunció á la Convencion, que los administradores de los departamentos sublevados acababan de prender á los comisionados Romme, Prieur de la Costa de Oro, Ruhl y Prieur de la Marna. «Conozco á Ruhl, exclamó Couhon; sería libre aun al frente de todos los cañones de Europa.» Se pidió por aclamacion el pronto castigo de los administradores rebeldes. Algunos miembros de la derecha propusieron medidas débiles ó pérfidas de expectativa. Danton, al oír esto, salió al parecer de la inexplicable inercia que le echaban en cara.

«¿Cómo! exclamó; ¿parece que se duda de la república? En el momento de una gran regeneracion social es cuando los cuerpos políticos, semejantes en esto á los físicos en el instante de su reproduccion, se hallan amenazados de una destruccion próxima. ¡Estamos cercados de tormentas! el rayo truena. ¡Pues bien! de entre sus estallidos saldrá la obra que inmortalizará á la nacion francesa. Recordad, ciudadanos, lo que pasó en tiempo de la conspiracion de La Fayette; recordad el estado de Paris: entonces estaban los patriotas oprimidos, proscritos, amenazados por todas partes y las mayores calamidades se veian prontas á caer sobre nosotros. ¡La situacion de hoy es la misma! ¡Parece que solo existe el peligro para los que han creado la libertad! Pronto quedaron relevados La Fayette y su faccion. En el día, los nuevos enemigos del pueblo están en fuga ya con nombres supuestos. Ese Brissot, ese corifeo de la secta impia que va á ser ahogada, ese hombre ensalzaba su orgullo y se jactaba de su indignicia, acusándome de ir cubierto de oro, no es mas

que un miserable á quien ha sabido hacer justicia el pueblo de Moulins prendiéndolo como conspirador. Se dice que la insurreccion de Paris ocasiona movimientos en los departamentos. ¡Lo declaro á la faz del universo: esos sucesos cimentarán la gloria de esta magnífica ciudad! ¡Lo declaro á la faz de la Francia; sin el cañon del 31 de mayo, los conspiradores nos impondrian la ley! ¡Recaiga, pues, en buen hora sobre nosotros el crimen de esa insurreccion!»

X.

A esta orgullosa provocacion á la posteriad, contestó la Montaña con un eco unánime. Danton se asociaba á la insurreccion victoriosa del 31 de mayo, dándole ante la Francia título de patriotismo.

Couthon convirtió en mocion el entusiasmo producido por tales palabras, é hizo votar, no solo la amnistia de las fuerzas que habian sitiado la Convencion, sino tambien el elogio de la municipalidad, del pueblo, y hasta del comité de insurreccion de Paris, durante las jornadas del 31 de mayo, y del 1 y 2 de junio.

Ducos, que habia permanecido con Fronfrede en los bancos desiertos de los girondinos, se esforzó en apaciguar la cólera de los vencedores y en escitar la indulgencia en favor de sus colegas; pero le respondieron con murmullos. Se acusó á Vergniaud de haber querido romper al gendarme que le custodiaba; se citó la evasion de Lanjuinais y Petion, que habian ido á alcanzar á sus colegas en Caen. Robaspierre pidió un dictámen pronto del comité sobre los diputados presos. «¿Cómo! ¿Es aqui donde hay osadia para poner en parangon la Convencion y algunos conspiradores? ¿Es aqui donde se oye el lenguaje de la Vendée?» Esta injuriosa alusion á la derecha, fué cubierta de negativas y murmullos. «Pido, dijo Le-

gendre, que afectaba fanatismo hácia Robespierre, pido que el primer rebelde, el primero de esos rebelados, indicando con un ademán á los amigos de Vergniaud, que interrumpa al orador, sea enviado á la Abadía.—Quiéren saberse sus crímenes, continúa Robespierre; sus crímenes, ciudadanos, son las calamidades públicas, la audacia de los conspiradores, la coalición de los tiranos de Europa, las leyes que nos han impedido hacer la santa Constitución que se ha levantado desde que ellos no están aquí! ¡Ciudadanos! No os dejéis guiar por la mas mínima pusilanímidad inclinándoos á perdonar á los culpables, el pueblo os vuestro.

XI.

Intentó Fonfrede conseguir que el decreto de prision contra sus amigos indicase, al menos, la cárcel especial en que habian de ser encerrados, para no confundirlos con los criminales. Solo obtuvo una fria indiferencia. Algunas mugeres ó hijos de los presos suplicaron que se les permitiese participar de la suerte de sus parientes. La Montaña acogió ó desestimó estas peticiones individuales segun su parcialidad en favor ó en contra de las personas que las dirigian. Bertrand, que acababa de perder á su muger y que quedaba solo y pobre para cuidar de sus tiernos hijos, les fué desapiadamente arrebatado. Esta discusion se prolongó. Drouet acusó á Brissot de intentar huir, y á Vergniaud de haber embriagado á sus careceles. «Dejemos, dice al fin Robespierre, de ocuparnos de los individuos. Quisieran que la república no pensara mas que en ellos; pero la república solo piensa en la libertad. La intencion de vuestros enemigos es la de encender de nuevo la guerra civil. Desearian algunos que la Convencion presentase el espectáculo de las disenciones que agitan á la Francia. Tal es el motivo de esa afecta-

cion en pedirnos que os ocupéis de esos miserables individuos, que aunque heridos por la espada de la ley, levantan el estandarte de la rebelion. Dejemos á esos desgraciados entregados á los remordimientos que los persiguen.»

No tardó en saberse la fuga de Kervelegan y de Bironeteau. «¿Donde está, pues, su crimen?» gritó un miembro de la Llanura. «¡Su crimen! respondió Maure, está en su fuga.»

XII.

Por último, Saint-Just, inspirado por Robespierre, leyó el informe definitivo sobre los sucesos del 31 de mayo. Este informe reuniendo en un solo cuerpo todas las calumnias de Camilo Desmoulins contra los girondinos, trasformaba este partido en una vasta conspiracion para restablecer la monarquía abolida, y entregar la república al extranjero. El federalismo se presentaba en él como fin constante y sistemático del partido. «¡Vedlo!» decía Saint-Just terminando, «querian esclavizaros en nombre de vuestra seguridad. Os trataban como á aquel rey de Chipre cargado de cadenas de oro. Marsella y Lyon prontas á unirse con la verdad, son presa de sus emisarios. Tiranos mas odiosos que Pisistrato, mandan degollar al hijo que reclama á su padre, y á la madre que llora por un hijo. Buzot subleva el Eura y el Calvados, Petion, Louvet y Barbaroux le prestan apoyo. Se cierran las sociedades populares, se persiguen los patriotas. Se instala en Nimes una comision de gobierno. La sangre corre por todas partes. Burdeos oye el grito de ¡Viva el rey! entre los ultrajes contra la Convencion. ¿Oís los gritos de los que son asesinados? La libertad del mundo y los derechos del hombre están bloqueados con vosotros en París. ¡No perecerá, no! Vuestro destino es mas potente que

vuestros enemigos. Nada les debeis ya, puesto que asolan su patria. Es el fuego de la libertad el que por sí mismo nos ha purificado, como el hervor de los metales que arroja del crisol la espuma impura. Quédense solos con sus crímenes. Proscribid á aquellos, juzgad á los otros y perdonar despues. No os complazcais en ser imitables.»

Este informe ofrecia la amnistía á los departamentos insurreccionados. Se reasumia en un decreto, el cual declaraba traidores á la patria, á Buzot, Barbaroux, Gorsas, Lanjuinais, Salles, Louvet, Vergoing, Biroteau y Petion; ponía en acusacion á Gensonné, Guadet, Vergniaud, Mollevault y Gardien, detenidos en Paris, restituía á Bertrand, miembro de la comision de los Doce, al seno de la Convencion. Chabot, despues de este informe, pidió y obtuvo un decreto de acusacion contra Condorcet, que acababa de defender con valentía á sus amigos, en un manifiesto á los franceses.

XIII.

Mientras que la Convencion desplegaba tanto rigor en el centro, combatía en las estremidades. Sus comisarios, luchando en todas partes con los emisarios girondinos, sublevaban las secciones, reunían los batallones, marchaban á su cabeza contra las primeras masas que se formaban, y ahogaban la insurreccion en su mismo germen. El general Charseaux cortó el camino de Lyon á los voluntarios de Marsella, y los puso en derrota cerca de Aviñon. Burdeos estaba indeciso entre vengar á los diputados ú obedecer á la Montaña. Pero el foco de la insurreccion federalista estaba en Caen, en Normandía y en Bretaña. Dirijamos una mirada á aquella ciudad y á aquellas provincias.

Los diez y ocho diputados refugiados en Caen eran Barbaroux, Bergoing, Bontedoux, Buzot, de Chastel, de Cuny, Gorsas, Guadet, Kervelegan, Lanjuinais solo por unos dias, Lariviere, Lesage de Eura y Loira, Louvet, Meilhan, Mollevault, Salles, Vallady y Petion acompañado de su hijo de edad de diez años. Habíanse unido á ellos tres jóvenes escritores consagrados á su causa y á su desgracia, á saber: Girey-Dupré, Riouffe y Marchenna.

Estos diputados habian ido en masa á Caen, porque esta ciudad no habia esperado su provocacion para pronunciarse contra la jornada del 31 de mayo y la violacion de la representacion nacional.

Hacia algunos meses que los jacobinos de Caen, irritados por las doctrinas de la Montaña, habian roto abiertamente con la sociedad de jacobinos de Paris. La misma noche del 31 de mayo, el consejo del departamento del Calvados habia votado la formacion de un ejército departamental, destinado á asegurar la libertad de la Convencion. «No depondremos las armas, decia el manifiesto redactado en la misma sesion, hasta no haber reducido á la nada á los proscripores y facciosos.» Una asamblea se encargó del gobierno de la insurreccion, y confirió el mando de las tropas el general Wimpfen, antiguo diputado constitucional, natural de Bayeux, que aunque fiel á su patria era, sin embargo de ideas realistas. La asamblea insurreccional hizo prender á Romme y Prieur, ambos comisarios de la Convencion, del partido montañés, encerrándolos en el castillo de Caen. Durante estas prisiones fué cuando Romme ideó el plan del *calendario republicano*, que debia quitar al mismo tiempo las huellas de lo pasado y de la tradicion.

Los diputados fugitivos llegaron sucesivamente á Caen en los primeros dias de junio. Cada uno á su llegada se presentó al comité insurreccional y enardeció las opiniones federalistas con la relacion de sus propias persecuciones. La ciudad les dió hospitalidad en el antiguo

palacio de la intendencia. Fueron mas bien espectadores que actores en la insurreccion; esta cobró fuerzas con la adhesion de algunos regimientos que estaban de guarnicion en Caen y sus inmediaciones, y la formacion de batallones de voluntarios escogidos entre la juventud de Rennes, de Lorient, y de Brest. La vanguardia de estas tropas, bajo el mando de Mr. de Puisaye, emigrado que habia vuelto á entrar, adicto al rey, se apostó en Eyreux. Puisaye no veía en la insurreccion mas que la caída de la república; y una vez vencedor, creía en la posibilidad de hacer cambiar fácilmente de bandera á sus tropas, y restablecer la monarquía constitucional. Era un hombre á la vez orador, diplomático y soldado; de un carácter y temple eminentemente adecuado á las guerras civiles, que mas bien producen aventureros que héroes. Mr. de Puisaye habia pasado ya un año entero oculto en una cueva en medio de los bosques de Bretaña para encender con sus ardidés y correspondencias el fuego de la rebelion contra la república. Al presente se revestia con los matices tricolores y las opiniones de los girondinos. Sus soldados desconfiaban de él. El general Wimpfen permaneció en Caen con el cuerpo del ejército principal, tratando en vano de fortificarse con enganches de voluntarios. Los emisarios de la Montaña, diseminados por el departamento, amortiguaban y desalentaban el movimiento. Se temía que la libertad sucumbiese en la lucha que en su nombre iba á trabarse.

Mr. de Puisaye hizo marchar sus tropas en número de dos mil hombres, sobre Vernon: pero habiéndolas acampado imprudentemente en las cercanías de Brécourt, abandonándolas durante la noche del 13 de julio, algunos cañonazos de las tropas de la Convencion bastaron para dispersarlas. Esta derrota fué la señal de la que habian de sufrir los insurrectos en todas partes. Los mismos batallones bretones tomaron el camino de sus departamentos. Roberto Lindet, comisario de la Convencion, entró

en Caen sin resistencia. Los diputados no pensaron ya mas que en su seguridad. Wimpfen les ofreció proporcionarles un asilo en Inglaterra; pero lo rehusaron temiendo confundir su causa con la de los emigrados.

La misma indolencia que los habia perdido en Paris, los perdió en Caen. Ninguno de ellos desplegó aquellos recursos de carácter y de ingenio que suplen al número y crean los medios de accion. Contemplaban la fortuna sin aprovecharse de ella. Perdian los días en conferencias estériles con los miembros del comité insurreccional. Barbaroux se ocupaba de poesia, como en los ocios de una vida sosegada. Se escusaba de su voto de muerte en el proceso del rey. «No era mi opinion personal, decia, era el voto de mis comitentes que yo me limité á espresar.»

Petion parecia absorbido en los cuidados que procuraba á su hijo.

Louvet y Barbaroux se trasladaron á Lisioux con objeto de marchar con la vanguardia á Paris; pero llegaron en el momento en que las tropas desconcertadas de Puisaye retrocedian á Caen. Uno de sus amigos, que huía con los batallones de aquel general, encontró á Barbaroux echado en el pavimento de su cuarto en una hosteria de Lisioux, y le anunció la derrota de Vernon. Barbaroux volvió á Caen; Valady y él no se separaban. «Barbaroux, decia Valady, es un sublime atolondrado que dentro de diez años será un grande hombre!» Girey-Dupré componia estrofas insurreccionales para sustituir las á las de la *Marsellesa* en los combates contra la Montaña.

Petion se justificaba con indignacion de la sospecha de haber tenido parte en los asesinatos de setiembre. Su aspecto honrado desmentia aquellas atroces imputaciones. «¡Ved, decia de él Barbaroux, ved al hombre que quieren hacer pasar por un asesino!»

Guadet conservaba el semblante, la palabra y la actitud trágicas. «¡Siempre orador!» decia chauceándose Barbaroux cuando hablaba de él.

En Caen manifestaron mas indiferencia por su suerte que carácter para repararla, y escitaron más curiosidad que entusiasmo. Todo abortó entre sus manos. Su guerra civil no fué mas que un motin que ni siquiera se acercó á las murallas de Paris. La república que ellos habian creado, les negó hasta un campo de batalla, y les reservaba el cadalso. La Francia compadeció aquellos hombres perseguidos. Se horrorizaba de las violencias hechas á la representacion, de la opresion de la Convencion, de los patibulos; pero mas horror le causaban los desastres de su territorio y la invasion del estrangero. No ponía entonces en balanza la tiranía pasagera de un comité de salvacion pública, por atroz que fuese, con la destruccion de la patria y la descomposicion de la unidad nacional, á la cual creía sacrificarse ella misma. El nombre de federalista era mas que una injuria en la creencia del pueblo: era un parricidio, que segun él, solo podia espiarse con la muerte.

XIV.

Aquella sospecha de federalismo enviaba diariamente al patibulo los que con este nombre eran designados á la venganza del pueblo. Marat no cesaba de marcar con él á todos los que estaban relacionados con los diputados proscriptos, por algun vinculo de opinion ó de interés. Desde el dia de su triunfo se habia constituido en acusador publico de la municipalidad, de los Franciscanos y hasta de la Convencion. La vacilacion de Danton, la contemporizacion de Robespierre, y la moderacion de los jacobinos, elevaban entonces á Marat al apogeo de su popularidad y de su poder. Se atrevia á ejecutar todo lo que meditaba, y su calenturienta imaginacion no ponía ya límites á sus ideales concepciones. Afectaba mucho despre-

cio hácia la Convencion, desdeñándose de asistir á sus sesiones, y al oír los nombres de Robespierre y Danton, se encogía de hombros, considerándoles incapaces de completar la revolucion y regenerar al pueblo, el uno por falta de virtud, y el otro por carecer de genio. Deslumbrábale la elevacion á que le habian conducido sus propias locuras. Creía reasumir de pleno derecho en su persona el número, el derecho y la voluntad de las masas. Adoraba en sí mismo la divinidad del pueblo.

XV.

El culto que á sí mismo se tributaba le habia inspirado á la parte ignorante y turbulenta de la nacion, y sobre todo del populacho de Paris, siendo Marat para ella la sublimidad del patriotismo. «Marat nos es necesario, decía Camilo Desmoullins á Danton para escusarse de la aduacion que tributaba á aquel hombre. Mientras tengamos á Marat de nuestra parte, el pueblo tendrá confianza en nuestras opiniones y no nos abandonará; porque fuera de las opiniones de Marat, no hay nada. Sobrepuja á todos, y nadie puede escederle.»

Desde la espulsion de los girondinos, se habia recusado como diputado, no queriendo, decía, pronunciar como juez sobre los que consideraba como enemigos personales. Su parecer era la insurreccion y por eso desdeñaba el de la Convencion y la espada de la ley. Devorado por una fiebre lenta y una horrible lepra, espuma visible de la efervescencia de su sangre, no salía casi de la morada sombría y recóndita donde habitaba. Desde allí invisible y enfermo no cesaba de señalar proscriciones al pueblo, designar los sospechosos, indicar las victimas y promulgar sus órdenes á la misma Convencion. Esta escuchaba la lectura de sus cartas con verdadero disgusto, pero con

deferencia aparente. Los girondinos, para acrecentar el odio de la Francia contra sus enemigos, daban á estos en los departamentos el nombre de maratistas: pero esta denominacion injuriosa engrandeci6 aun mas á Marat en el ánimo del pueblo. Los departamentos reasumian en aquel hombre todo el terror, todo el horror, toda la anarquía del momento, y personificando el crimen en aquel ser viviente y siniestro, hacian al mismo crimen mas terrible y odioso.



LIBRO CUARENTA Y CUATRO.

Caen.—Casa de Carlota Corday.—Retrato de Carlota Corday.—Su vida.—Su carácter.—Sus relaciones con los girondinos proscritos.—Proyecto.—Viage.—Llegada á Paris.—Audiencia.—Marat asesinado.—Prision de Carlota Corday.—Manifiesto á los franceses.—Fallo.—Ejecucion.

I.

Mas entretanto que Paris, la Francia, los gefes y ejércitos de las facciones se disponian de este modo á despedazar la república, la sombra de un gran pensamiento vagaba por el alma de una jóven é iba á desconcertar los sucesos y los hombres, arrojando el brazo y la vida de una muger por entre el destino de la revolucion. Podria creerse que la Providencia queria burlar la grandeza de la obra con la debilidad de una mano, y se complacia en poner en contraste los dos fanatismos luchando cuerpo á cuerpo; uno bajo el odioso aspecto de la venganza del pueblo en Marat, y el otro bajo la celeste hermosura del amor de la patria en una Juana de Arco de la libertad; ambos, sin embargo, tendian en su estravío al mismo acto, al asesinato, reuniéndose por desgracia de esta suerte